

DION CASIO

HISTORIA ROMANA

LIBROS XXXVI-XLV

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

DION CASIO

**HISTORIA ROMANA**

LIBROS XXXVI-XLV

BIBLIOTECA CLÁSICA. GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 326

DION CASIO

# HISTORIA ROMANA

LIBROS XXXVI-XLV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
JOSÉ M.ª CANDAU MORÓN  
Y  
M.ª LUISA PUERTAS CASTAÑOS



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.<sup>a</sup> LUISA PUERTAS CASTAÑOS (libros XXXVI-XL) y ROSA M.<sup>a</sup> MARIÑO SÁNCHEZ ELVIRA (libros XLI-XLV).

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2004.  
[www.editorialgredos.com](http://www.editorialgredos.com)

La traducción y notas de este volumen ha sido llevada a cabo por JOSÉ M.<sup>a</sup> CANDAU MORÓN (libros XXXVI-XL) y M.<sup>a</sup> LUISA PUERTAS CASTAÑOS (libros XLI-XLV).

REF. GEBO406  
ISBN 9788424937027.

## DIVERGENCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN DE BOISSEVAIN \*

### LIBRO XXXVI

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
22, 1 (pág. 370, l. 27)	συμμαχίδα αὐτῶν μόνον	συμμαχίδα μόνον (su- gerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
36, 4 (pág. 379, l. 12)	νομιμώτερον... καὶ	νομιμώτερον <καὶ συμ- φορώτερον> καὶ (REI- MAR)

### LIBRO XXXVII

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
1, 4 (pág. 394, l. 12)	ἔνθεν μὲν... τοῦ	ἔνθεν μὲν <τοῦ Κύρ- νου παρρρέοντος, ἔν- θεν δὲ> τοῦ (BEKKER)

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
6, 2 (pág. 397, l. 29)	νομιζόμενον αὐτοῖς δοῦς	νομιζόμενον αὐτὸς δοῦς (sugerencia de BOISSEVAIN en el apa- rato crítico)
7, 1 (pág. 398, l. 15)	ἐβούλετο... μὴ	ἐβούλετο (περαι- τέρῳ προχρεῖν), μὴ (BEKKER)
9, 5 (pág. 400, l. 29)	πάντες οἱ	πάντες οἱ (ξένοι οἱ) REISKE
18, 4. (pág. 405, l. 28)	αὐτὰς τε ἐπιὼν	αὐτὰς τε ἐτέρας ἐπιὼν (sugerencia de BOISSE- VAIN en el aparato crí- tico)
19, 2 (pág. 406, l. 5-6)	καθ' ἣν οἱ Αἰγύπτιοι αὐτὴν νομίζουσι	καθάπερ οἱ Αἰγύπτιοι αὐτὴν νομίζουσι (su- gerencia de BOISSEVAIN en aparato crítico)
41, 2 (págs. 417, l. 4)	συγγράψας	ἐγγράψας (sugerencia de BOISSEVAN en el aparato crítico)
44, 4 (pág. 418, l. 12)	ἀπολιπῆναι	ἀπαυλισθῆναι (JACO- BY)
51, 1 (pág. 422, l. 16)	διὰ τοὺς δυνατοὺς	δι (ὄργῃς ἔχων) τοὺς δυνατοὺς (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
53, 2 (pág. 424, l. 5)	καὶ ἄτε ὡς	καὶ ὡς (sugerencia de BOISSEVAIN en el apa- rato crítico)
5, 5 (pág. 431, l. 30)	... οἱ	ὄμως ὁρῶντες ὅτι οὗτ'οἱ (sugerencia de BOISSEVAIN en el apa- rato crítico)
7, 2 (pág. 433, l. 6)	ὡς μέντοι... ἡμέρα ἧ	ὡς μέντοι (ἧ) ἡμέρα (ἦκεν ἐν) (REISKE)
11, 1 (pág. 436, l. 8)	ὑπάγοντας ...	ὑπάγοντας πορρίπ- τειν. (REISKE)

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
11, 5 (ράγ. 436, l. 28)	ἢ ἵνα ... καὶ λυθείη	ἢ ἵνα <ἅ μέλλοι γίνεσθαι> κολουθείη (HERWERDEN)
11, 6 (ράγ. 437, l. 2)	τὸ μὲν ... οὐκ ἂν ποτε ἀγένητον ... τῆς	τὸ μὲν <γεγονός> οὐκ ἂν ποτε ἀγένητον <ποιήσιν· εἰ δὲ τοῦ μέλλοντος μὴ προσκοπή τῇ> τῆς (REISKE)
13, 1 (ράγ. 438, l. 10)	αὐθις	εὐθύς (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
14, 3 (ράγ. 439, l. 14)	μετ' αὐτῶν	μετ' αὐτοῦ (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
16, 3 (ράγ. 441, l. 1)	βουλευτῶν ...	βουλευτῶν ἐποίησαν (XIFILINO)
26, 3 (ράγ. 448, l. 13)	τι τὸν Ἄννιον	τί τὸν Ἄννί(βαν, ὅς ... )ον, (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
27, 2 (ράγ. 449, l. 4)	...	ἄττουσι (REIMAR)
31, 1 (ράγ. 451, l. 15)	πάντα καὶ	πάντα <τὸν τῆς ἡγεμονίας χρόνον> καὶ (BEKKER)
50, 4 (ράγ. 466, l. 14)	μεθ' ἰππέων	μεθ' ἰππέων <οὐ πολλῶν> (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)

3, 1 (πάγ. 468, l. 32) ἔπειτ' ἐπειδὴ καὶ ἐκεῖ- ἔπειτ' ἐπειδὴ καὶ

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
	σε ἐπικατέδραμον	ἐκεῖσε <ἐπηκολούθησέ σφισι, καταστρατοπεδουμένοις αὐτοῖς> ἐπικατέδραμον (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
5, 2 (πάγ. 470, l. 8)	...	ἐπέτρεπε (REISKE)
13, 1 (πάγ. 473, l. 27)	...	ἐγένετο (REIMER)
26, 1 (πάγ. 480, l. 7)	δέος	ὕβρις (R. STEPHANUS)
26, 1 (πάγ. 480, l. 8)	μόνως	μόνως <μῆ> (BEKKER)
27, 2 (πάγ. 481, l. 7)	...	<καὶ τοὺς τυχόντας ἀπὸ τῆς ἀγορᾶς ἐσκαλέσαντος> (BEKKER)
34, 3 (πάγ. 484, l. 2)	τῶν εὐνοουμένων	<περὶ> τῶν νεοχουμένων <λέγειν> (sugerencia, con reservas, de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
42, 4 (πάγ. 488, l. 28)	ἐν τῇ ... προσηρᾶτο	ἐν <τῇ συμπλοκῇ ἤλπιζεν ἔσεσθαι, ἐνταῦθα> προσηρᾶτο (REISKE)
45, 3 (πάγ. 490, l. 12)		<καὶ αὐτὸς φυγεῖν διανοοῖτο> (POLAK)

	BOISSEVAIN	LECTURA ADOPTADA
7, 2 (πάγ. 505, l. 28)	ἄν ἐκάστων	ἀναγκαστῶν (POLAK)
13, 1 (πάγ. 508, l. 12)	βία ἀχθόμενοι	〈τῆ τε τῶν Βαρβάρων〉 βία ἀχθόμενοι (BEKKER)
17, 1 (πάγ. 511, l. 10)	ἠκίζοντο	ὠρύοντο (STURZ)
18, 3 (πάγ. 512, l. 7)	ἐπ' αὐτῆς	ἐπ' αὐτοῖς (REISKE)

19, 2 (πάγ. 512, l. 26)	ἐθάρσυνεν νῦν δὲ	ἐθάρσυνεν ἄν <αὐτοὺς εἰ μὴ> (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
22, 2 (πάγ. 514, l. 21)	ἔγνωσαν	γνοῖεν (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
25, 2 (πάγ. 516, l. 15)	ἐαλωκότων	διαπεφευγόντων (BEKKER)
31, 3 (πάγ. 519, l. 19)	...	ἐπελπιεῖν (BEKKER)
35, 1 (πάγ. 522, l. 4)	δι' αὐτοῦ τοῦ	διὰ τοῦ (REISKE)
39, 3 (πάγ. 524, l. 19-20)	ὄρμαῖς ἀπλήστοις σώμασι	ὄρμαῖς ἄπληστοι <ὄντες καὶ τοῖς> σώμασι (REISKE)
44, 3 (πάγ. 527, l. 24)	...	διέκειτο (REISKE)
52, 3 (πάγ. 532, l. 3)	τὰς ἀρχὰς	ἐπὶ ταῖς ἀρχαῖς (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
58, 3 (πάγ. 534, l. 30)	πρὸς πάντας	πρὸς πάντας <τοὺς δυνάτους> (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)
62, 1 (πάγ. 536, l. 28)	καὶ ἐκεῖνο	καὶ <τότε> ἐκεῖνο (sugerencia de BOISSEVAIN en el aparato crítico)

\* *Cassii Dionis Cocceiani Historiarum Romanorum quae supersunt*, Berlín, 1895-1931.

## LIBRO XXXVI

### SINOPSIS

1. Sorteo de los cónsules. Metelo marcha a Creta (1<sup>a</sup> ).
2. Lúculo combate en Asia contra Mitrídates, Tigranes y Fraates (1<sup>b</sup> -17).
3. Guerra Cretense (17<sup>a</sup> -19).
4. Origen de la piratería. Su expansión durante el periodo tratado (20-22).
5. La guerra contra los piratas. Gabinio propone que se encomiende la guerra, con concesión de poderes extraordinarios, a Pompeyo. Discursos de Pompeyo y Gabinio (23-29).
6. Oposición a la propuesta de Gabinio. Discurso de Cátulo (30-36<sup>a</sup> ).
7. Pompeyo inicia la guerra contra los piratas (37).
8. Disturbios políticos en Roma. Se encomienda a Pompeyo la dirección de la guerra en Asia (38-44).
9. Pompeyo asume la guerra en Asia. Sus combates contra Mitrídates. Mitrídates se refugia en la Cólquide (45-50).
10. Intervención de Pompeyo en Armenia (51-53).
11. Pompeyo combate con Oroises, rey de los albanos (54).

Tiempo abarcado, cuatro años, en los cuales fueron cónsules quienes a continuación se relacionan:

- [685/69] Q. Hortensio Hórtalo, hijo de Lucio; Q. Cecilio Metelo (Crético), hijo de Gayo.
- [686/68] L. Cecilio Metelo, hijo de Gayo; Q. Marcio Rex, hijo de Quinto.
- [687/67] G. Calpurnio Pisón; M. Acilio Glabrión, hijo de Marco.
- [688/66] M. Emilio Lépido, L. Volcacio Tulo.

[1<sup>a</sup>] Echaron <sup>1</sup> suertes los cónsules y tocó a Hortensio la guerra cretense. Pero la afición a vivir en su ciudad y las ocupaciones jurídicas, campo en el que — después, ciertamente, de Cicerón — destacaba más que cualquiera de sus contemporáneos, lo movieron a ceder la expedición voluntariamente a su colega mientras él permanecía en el país. Pues bien, Metelo marchó a Creta \*\*\*

[1<sup>b</sup>] Por aquel tiempo Lucio Lúculo había vencido en batalla a los soberanos de Asia, Mitrídates y el armenio Tigranes, y tras forzarlos a rehuir el combate asediaba Tigranocerta <sup>2</sup>. Grandes daños le infligieron los arqueros bárbaros y la nafta arrojada por los bárbaros [2] sobre las máquinas. La nafta es un compuesto a base de asfalto, de una combustión tal que consume por completo cuanto toca, sin que líquido alguno la extinga con facilidad. Y Tigranes, reanimado por ello, avanzó con tan numeroso ejército que incluso tomaba a broma a los romanos que allí había. Pues decía, según cuentan, que eran pocos cuando venían a luchar, pero muchos cuando venían en

[3] embajada. Sin embargo su diversión no se prolongó, pues pronto aprendió hasta qué punto la valía y la destreza predominan sobre cualquier magnitud numérica. Una vez puesto en fuga, los soldados encontraron su tiara y la diadema que la sostenía y las entregaron a Lúculo. Efectivamente, temeroso de caer prisionero al ser conocido por éstas, se había desprendido de ellas para arrojarlas.

\*\*\* y porque en ambas direcciones había experimentado [1] pujantes embates de la fortuna, se lo entregó <sup>3</sup>. En efecto, tenía credencial de hombre a quien sus muchas derrotas y no menos victorias habían hecho muy versado en cuestiones bélicas. Ambos, por tanto, se dedicaron a preparar la guerra como si entonces la iniciaran por primera vez, y enviaban embajadas a los pueblos de alrededor, entre ellos —y no obstante el hecho de que éste fuese enemigo de Tigranes en razón de cierta disputa territorial— al de Ársaces el parto <sup>4</sup>; al cual cedían el territorio en cuestión, a la par que lanzaban [2] críticas contra los romanos, de quienes afirmaban que, si a ellos se les dejaba solos y por esa razón los romanos les vencían, inmediatamente se produciría un ataque romano contra Ársaces: pues por naturaleza toda parte que vence es insaciable en la explotación de su éxito y no pone límite alguno a su ambición, y así los romanos, una vez obtenidos considerables dominios, no querrían dejar en paz a Ársaces.

En tal menester se hallaban éstos; mientras, Lúculo, que [2] no corrió en persecución de Tigranes, sino que incluso le permitió ponerse a salvo con gran tranquilidad, se veía en razón de ello bajo la acusación que, entre otros, le

dirigían los ciudadanos, según la cual no había querido liquidar la guerra con objeto de prolongar su mandato. Por esta razón [2] fue devuelto entonces el gobierno de Asia a los pretores, y más adelante, dado que pareció haber incurrido de nuevo en el mismo proceder, le enviaron como sucesor al cónsul correspondiente [3] a aquel año. Pues bien, en lo referente a Tigranocerta, la capturó cuando los extranjeros que residían en ella se alzaron contra los armenios. Dichos extranjeros —en su mayoría cilicios que en otro tiempo fueron sacados de su [4] país— introdujeron de noche a los romanos. De aquí que todo fuera saqueado menos las pertenencias de aquéllos, y en cuanto a las mujeres de los notables, que fueron capturadas en abundancia, Lúculo las puso bajo guardia sin inferirles ofensa alguna, gracias a lo cual se hizo también con sus [5] maridos. Habiéndole llegado misivas de Antíoco, rey de Comagena (esto es, el territorio sirio que se halla entre el Eufrates y el Tauro), de cierto Alcaudonio, dinasta árabe <sup>5</sup>, y [3] de otros, los recibió. Y al saber por ellos de la embajada que Tigranes y Mitrídates habían enviado a Ársaces, a su vez hizo llegar a éste por algunos de sus aliados amenazas en el supuesto de que socorriera a Tigranes y Mitrídates, promesas [2] si anteponía militar a su lado. En un primer momento Ársaces (pues con Tigranes se hallaba aún encolerizado y contra los romanos no albergaba sospecha alguna) le devolvió la embajada y entabló acuerdos de amistad y alianza con él. Pero después, cuando vio llegar a [Secilio] 〈Sextilio〉 <sup>6</sup>, conjeturó que venía a espiar sus territorios y sus fuerzas (pensaba, en efecto, que por esta razón y no por el acuerdo a [3] la sazón concluido le era enviado, pues se trataba de un hombre con reputación en cuestiones bélicas) y ya no le dispensó ayuda alguna. No obstante tampoco puso obstáculos de ninguna

clase, sino que mantuvo una posición intermedia entre ambos, sin querer, como es lógico, que ninguno de ellos cobrase auge. Pues estimaba que mientras permaneciese indecisa la guerra que mantenían gozaría de la mayor seguridad.

Tales empresas ocuparon durante ese año a Lúculo, que conquistó abundantes porciones de Armenia. Y bajo el consulado [4] de Quinto Marcio (éste, efectivamente, ejercía el consulado en solitario a pesar de no haber sido designado solo; pues quien fue elegido con él, Lucio Metelo, murió a comienzos del año y su sustituto pereció antes de tomar posesión del cargo, razón por la cual no fue nombrado ningún otro), en este año, por tanto, Lúculo, ya mediado el verano [2] (en primavera no pudo invadir el territorio enemigo a causa del frío) avanzó con su ejército y devastó una porción de terreno con objeto de que los bárbaros, al emprender su defensa, se vieran atraídos al combate; y como continuaran quietos, se lanzó contra ellos. En este enfrentamiento la caballería [5] romana se veía obstaculizada por la caballería enemiga, mientras que con la infantería nadie trababa combate, produciéndose una huida cada vez que la infantería pesada de Lúculo corría en auxilio de los jinetes. A pesar de ello, no sufrían estrago alguno, e incluso, disparando a los que les perseguían con sus arcos, ocasionaron la muerte inmediata de muchos y produjeron gran cantidad de heridos. Las [2] heridas eran, además, complicadas y difíciles de curar, porque utilizaban puntas dobles y, por añadidura, acopladas, de suerte que el dardo, ya permaneciese clavado en cualquier parte del cuerpo o ya fuese arrancado de éste, rápidamente lo destruía, pues el otro hierro, el segundo, permanecía dentro al no haber punto alguno desde el que tirar de él.

[6] Lúculo entonces, dado que les estaban causando un gran número de heridos —de los cuales el que no moría quedaba inválido— y como, por añadidura, comenzaron a faltarles

[2] los víveres, se retiró de allí, para marchar a Nísibis <sup>7</sup>. Esta

ciudad se encuentra situada en la llamada Mesopotamia (ese es el nombre que recibe toda la zona comprendida entre el Tigris y el Eufrates); actualmente es nuestra y tenida por colonia nuestra, pero por entonces Tigranes, que se la había arrebatado a los partos, tenía depositados en ella sus tesoros y la mayoría de sus otros bienes, colocándola bajo la custodia [3] de su hermano. Hacia ella, por tanto, marchó Lúculo en el verano, pero, pese a atacarla con energía, no obtenía ningún progreso: pues los muros eran dobles y además de ladrillo, tenían gran espesor y entre ambos corría un profundo foso, de manera que no ofrecían parte alguna en que se les pudiera derruir y tampoco era posible socavarlos, por lo [7] cual Tigranes ni siquiera corrió en su auxilio. Cuando llegó el invierno y los bárbaros empezaron a tomar las cosas con mayor desidia, ya que llevaban las de ganar y esperaban la inminente retirada de los romanos, aguardó una noche sin luna y agitada por violentas lluvias acompañadas de truenos,

[2] de suerte que los enemigos, imposibilitados de ver u oír na

da, abandonaron —menos unos pocos— el circuito exterior y el foso intermedio; atacó entonces por muchos puntos la muralla, subió a ella sin esfuerzo desde los terraplenes y [3] mató fácilmente a los escasos guardianes allí dejados. Colmó entonces —sin que, a causa de la abundante lluvia, pudieran dañarlo las flechas ni el fuego— una parte del foso (cuyos puentes habían sido cortados por el enemigo) y, una

vez sobrepasado éste, inmediatamente capturó el resto, hallando una resistencia no muy enérgica por parte de la tropa del interior del recinto, la cual confiaba en los hombres apostados fuera del mismo. Algunos, sin embargo, huyeron a la acrópolis, entre ellos el hermano de Tigranes, con quien llegó [4] a un acuerdo; se adueñó también de muchas riquezas, y pasó allí el invierno.

Nísibis, por tanto, cayó en sus manos de la manera expuesta, [8 ] pero de Armenia y los restantes territorios póntricos perdió abundantes porciones. Efectivamente, si Tigranes no prestó socorro a Nísibis por pensar que no sería capturada, en cambio se lanzó sobre los mencionados territorios, pues creyó que al hallarse Lúculo ocupado en lo de Nísibis podría hacerse con ellos sin que aquel alcanzase a impedirlo. Mandó entonces a Mitrídates de vuelta a casa, mientras él se [2] dirigió a sus dominios de Armenia, donde acorraló y puso cerco a Lucio Fanio, que le había hecho frente, hasta que Lúculo se enteró y corrió en auxilio de aquél. Y mientras [9 ] ocurría esto, Mitrídates cayó sobre la otra Armenia <sup>8</sup> y comarcas adyacentes y acabó con gran número de romanos, ya liquidándolos al acometerlos inesperadamente mientras merodeaban por la zona, ya dándoles muerte en combate; al mismo tiempo recuperaba con rapidez la mayor parte de los territorios. Pues la población albergaba, tanto por comunidad [2] de sangre como por apego a la monarquía ancestral, sentimientos de afecto hacia su persona, mientras que guardaba odio a los romanos a causa de su condición de extranjeros y en razón de los daños infligidos por los gobernantes que les habían sido impuestos; en vista de lo cual se pasaron a su bando y a continuación vencieron al comandante romano [3] de la zona, Marco Fabio. A dicha victoria contribuyeron de manera importante los tracios que, mercenarios primero de

Mitrídates, a la sazón militaban con Fabio, así como los esclavos que había en el campamento romano. Fabio, en efecto, envió a los tracios para que reconociesen el terreno, pero las informaciones que éstos remitieron no tenían validez [4] ninguna y, por añadidura, cuando Mitrídates cayó súbitamente sobre Fabio, que marchaba desprevenido, los tracios juntaron filas contra los romanos; en medio de lo cual, también los esclavos, al haberles prometido libertad el bárbaro, [5] se unieron al ataque. Y hubieran exterminado \*\*\* a no ser porque Mitríates, mientras se revolvía (entre) los enemigos \*\*\* <sup>9</sup> (pues a pesar de sus más de setenta años tomaba parte en la batalla), recibió el impacto de una piedra, haciendo que los bárbaros temieran por su vida. A la vista de lo cual pararon éstos el combate, con lo que Fabio y algunos

[10] más pudieron huir para ponerse a salvo. Seguidamente se

vio encerrado en Cabira <sup>10</sup>, donde, sometido a cerco, quedó libre gracias a Triario. Pues Triario, que pasó por allí cuando marchaba desde Asia para reunirse con Lúculo, al conocer lo ocurrido reunió cuantos efectivos pudo, a partir de sus [2] disponibilidades; de esta manera atemorizó a Mitrídates, quien se figuró que avanzaba con ingentes tropas romanas, hasta el punto de conseguir que se retirara sin aguardar siquiera a verlo. Ello le infundió ánimo para perseguir a Mitrídates hasta Comana <sup>11</sup>, donde se había refugiado, y allí lo derrotó. Mitrídates, efectivamente, había establecido su campamento [3] en una de las márgenes del río por donde avanzaban los romanos y, en la idea de trabarse en combate con ellos cuando se viesan bajo el cansancio producido por la marcha, él mismo les salió al encuentro, dando instrucciones para que otros cruzasen el río en el momento mismo de la batalla y atacasen; durante largo

tiempo se debatió en igualado combate, pero como el puente, al correr por él muchos y a la vez, \*\*\* <sup>12</sup> quedó sin refuerzos y sumido en confusión.

A continuación —pues era ya invierno— unos y otros [11] buscaron refugio tras sus respectivas murallas, donde permanecieron tranquilos. Forma Comana parte de la actual Capadocia y, al parecer, ha albergado ininterrumpidamente la estatuilla taúrica de Ártemis y al linaje de Agamenón; pese a circular gran cantidad de versiones respecto a cómo aquélla y éste llegaron allí o cómo allí permanecieron, no puedo hallar ninguna explicación convincente: consignaré [2] así lo que sé con certeza. Son las Comanas dos ciudades del mismo nombre en territorio capadocio, no muy distantes entre sí y de idéntico rango <sup>13</sup>; las leyendas y reliquias de ambas son las mismas, y en concreto ambas guardan, como si fuera la verdadera, la espada de Ifigenia.

Sobre este asunto baste lo dicho. El año siguiente, correspondiente [12] al consulado de Manio Acilio y Gayo Pisón, Mitrídates se estableció en las proximidades de la zona de Gaciura <sup>14</sup>, frente a Triario; se empleó en incitar a éste al combate al tiempo que llevaba a cabo maniobras tendentes a despertar su cólera (concretamente se ejercitaba él mismo y [2] e instruía al ejército a la vista de los romanos), ya que pretendía batirse con él y, según confiaba, vencerlo antes de que compareciese Lúculo, cosa que le permitiría recuperar el resto de su imperio. Pero dado que no efectuaba ningún movimiento, envía algunas tropas al fuerte de Dádasa <sup>15</sup>, donde estaban depositados los bagajes romanos, a fin de que aquéllos, al menos para defenderse de su acometida, plantasen batalla. Y logró su objetivo. Pues al principio Triario se [3] mantuvo tranquilo por temor a la magnitud de las huestes de Mitrídates y porque esperaba a Lúculo (a quien había hecho llamar).

Pero cuando llegaron noticias del cerco de Dádasa y los soldados, llenos de ansiedad en lo concerniente a sus personas y por tal motivo revueltos, comenzaron a amenazar con socorrerse a sí mismos bajo iniciativa propia en caso de que nadie quisiera acaudillar la empresa, Triario hubo de abandonar, aun sin quererlo, sus posiciones. Cuando [4] estaba ya en marcha, los bárbaros atacaron para rodear y liquidar, apoyándose en su superioridad numérica, a cuantos encontraban, mientras que envolvían y daban muerte a quienes, sin saber que el río había sido desviado hacia la llanura, buscaron refugio en ésta. Y habrían sido exterminados [13] por completo a no ser porque un romano, haciéndose pasar por aliado de Mitrídates (el cual, como dije, contaba con no pocos de estos que combatían a su lado y ostentaban equipamiento idéntico al romano), se le acercó como si quisiera decirle algo y le infligió una herida. El romano fue capturado y muerto, pero a causa de la turbación que produjo en los bárbaros el suceso muchos de los romanos alcanzaron a escapar. Mientras Mitrídates sanaba de la herida entró en sospecha [2] de que algunos enemigos más se escondían también en el campamento, ante lo cual, y bajo pretexto de otra cosa, pasó revista a las tropas; y al ordenar que cada uno se retirase rápidamente a su tienda, logró sorprender y exterminar, separados como estaban de los demás, a los romanos. En esto [14] se presentó Lúculo, cuya llegada hizo pensar a muchos que vencería fácilmente a Mitrídates y en breve recuperaría cuanto se había perdido; no logró, sin embargo, resultado alguno. En efecto, Mitrídates, establecido en las alturas vecinas [2] a Talaura <sup>16</sup>, no le salía al encuentro, y el otro Mitrídates —el medo, yerno de Tigranes <sup>17</sup>— cayó repentinamente sobre los romanos cuando se hallaban desperdigados y mató a muchos

hombres; además, llegó la noticia de que el propio Tigranes se dirigía hacia allí y el ejército se rebeló. Efectivamente, [3] entre los Valerianos <sup>18</sup> , —inicialmente excluidos de la expedición pero después incorporados a ella— reinaba ya en Nísibis la inquietud a causa de la victoria obtenida y de la falta de movimiento, de que disponían de todo en abundancia y de que, por estar Lúculo ausente con mucha frecuencia, [4] pasaban la mayor parte del tiempo sin él; y, sobre todo, en razón de que los incitaba a la sedición un tal Publio Clodio, llamado por algunos Claudio <sup>19</sup> , a quien, a pesar de que su hermana estaba casada con Lúculo, movía un ingénito afán de subversión. En aquella ocasión, concretamente, la turbulencia se desencadenó ante la noticia de que llegaba el cónsul Acilio, quien había sido designado, por las razones que ya expuse, sucesor de Lúculo. Ello hacía, en efecto, que considerasen desdeñosamente a Lúculo como relegado ya a [15] la condición de particular. Lúculo, en vista de ello y de que no obtuvo de Marcio —predecesor de Acilio en el consulado y a la sazón en camino a Cilicia, de cuyo gobierno iba a hacerse cargo— la ayuda que le había pedido, se veía sumido [2] en la incertidumbre, pues no se decidía a levantar la marcha sin motivo, pero también temía permanecer allí; se dirigió entonces contra Tigranes para ver si podía, al caer sobre él cuando no lo esperase y además se hallase fatigado, hacerlo retroceder, gracias a lo cual pondría fin, de la manera que fuese, a la rebelión de los soldados. Mas ninguna de [3] las dos cosas alcanzó a cumplir. Efectivamente, las tropas lo acompañaron hasta un punto desde donde era posible girar en dirección a Capadocia, hacia la cual todas, de manera unánime y sin decir palabra, se desviaron. Y por lo que respecta a los Valerianos, al

conocer que las autoridades de Roma los habían eximido de la expedición, desertaron en masa <sup>20</sup> .

Nadie se extrañe de que Lúculo —que llegó a ser el más [16] avezado de los generales, el primer romano que cruzó el Tauro acompañado de un ejército y con fines bélicos, el vencedor sobre dos reyes de no poca monta a los que habría aniquilado si su decisión hubiera sido la de librar con rapidez la guerra— no pudiese imponer su autoridad a los soldados que combatían a sus órdenes, los cuales, por el contrario, se rebelaban una y otra vez para acabar desertando de su lado. Pues los abrumaba con órdenes, era riguroso al exigirles [2] su cometido, inflexible en los castigos y no conocía manera alguna ni de atraérselos con palabras, ni de ganar su adhesión mediante benevolencia, ni de hacerlos suyos con honores o repartos de dinero, cosas todas necesarias cuando se trata con una masa de hombres y especialmente cuando se la conduce a la guerra. Ante tal estado de cosas los soldados [3] prestaron obediencia mientras se veían en buena situación y obtenían el botín que les compensaba por los peligros, pero tan pronto sufrieron golpes adversos y el miedo sustituyó a la esperanza, dejaron de reconocer su liderazgo. Prueba de ello es que cuando Pompeyo cogió a esos mismos soldados (pues incluso enroló de nuevo a los Valerianos) no tuvo problema alguno de sedición. Tanto difiere un hombre de otro.

Siendo tal el proceder de los soldados, Mitrídates recuperó [17] prácticamente todos sus dominios y dañó gravemente el territorio de Capadocia, sin que lo socorriesen ni Lúculo —bajo el pretexto de que Acilio estaba cerca— ni Acilio. Éste, en efecto, primero se apresuró, como si tuviese propósito, incluso, de arrebatarse a Lúculo la

victoria, pero después, al conocer lo sucedido, ni siquiera llegó al campamento, sino

[2] que dejaba pasar el tiempo en Bitinia. En cuanto a Marcio,

no prestó ayuda a Lúculo con la excusa de que los soldados no habían querido seguirle, y en vez de ello se presentó en Cilicia, donde acogió a un tal Menémaco, que había desertado de Tigranes, y nombró a Clodio, quien había hecho defección de Lúculo bajo el temor de los sucesos acaecidos en Nísibis, comandante de la flota: pues también Marcio tenía

[3] por esposa a una hermana de Clodio. Clodio cayó en manos

de piratas, que lo soltaron por miedo a Pompeyo, y a continuación compareció en Antioquía de Siria albergando el propósito, al parecer, de unirse como aliado a los antioquenos para hacer frente a los árabes, con quienes los antioquenos mantenían diferencias. Allí provocó, igualmente, la sedición de ciertas gentes, a raíz de lo cual poco faltó para que perdiera la vida <sup>21</sup> .

[**17<sup>a</sup>** ] Seguidamente subyugó la isla entera <sup>22</sup> , y ello a pesar de que

Pompeyo el Grande —cuya jurisdicción se extendía ya sobre todo el mar y sobre la franja territorial que alcanza hasta una distancia de tres días del mar— intentase impedirselo y le obstaculizase como si también las islas estuviesen bajo su autoridad. No obstante, Metelo puso fin a la guerra cretense incluso contra la voluntad de Pompeyo, y por este motivo celebró triunfo y recibió el título de Crético.

\*\*\* se abstuviese <sup>23</sup> . Pues en su afán de poder atacó incluso [**18** ] a los cretenses que habían firmado un acuerdo

con aquél y, sin consideración alguna hacia los tratados que aducían, se apresuraba a castigarlos antes de que llegase Pompeyo. Y Octavio, que estaba allí pero no disponía de efectivos militares (en efecto, no había sido enviado para librar ninguna guerra sino para hacerse cargo de las ciudades), se mantenía en calma. También Cornelio Sisena, gobernador de Grecia, llegó a Creta a fin de conocer lo que ocurría; Sisena aconsejó a Metelo que dejase en paz al pueblo, pero aunque Metelo desoyó su consejo no emprendió acción alguna. Entre los muchos lugares donde Metelo ejerció su saña [2] se encuentra la ciudad de Eleutera <sup>24</sup>, a la que capturó por medio de la traición y castigó con una contribución en metálico; efectivamente, había en ella una torre hecha de ladrillo, muy grande y muy difícil de reducir, torre a la que los traidores impregnaron de vinagre por la noche una y otra vez, de suerte que la dejaron a punto de desmoronarse <sup>25</sup>. Seguidamente atacó y tomó Lapa <sup>26</sup>, a pesar de hallarse ésta ocupada por Octavio; a Octavio no le infirió daño alguno, pero liquidó a los cilicios que lo acompañaban. Lleno de irritación [19] ante ello, Octavio no permaneció quieto, sino que primero utilizó las tropas de Sisena (ya que éste había muerto de enfermedad) para llevar ayuda a quienes, en cualquier parte, sufrían un tratamiento injusto; y cuando dichas tropas fueron retiradas de allí, marchó a Hierapidna <sup>27</sup>, donde combatió al lado de Aristión. Pues por aquellas fechas Aristión dejó Cidonia <sup>28</sup> y, tras vencer a un cierto Lucio Baso que había sido enviado al mando de una flota para hacerle frente, capturó [2] Hierapidna. Durante algún tiempo resistieron, pero cuando Metelo marchó contra ellos abandonaron los muros y embarcaron; víctimas de una tormenta, fueron arrojados a tierra, perdiendo muchos hombres. A raíz de ello Metelo se

[3] hizo con toda la isla. Fue así como los cretenses, que duran

te todo el tiempo anterior habían constituido un pueblo libre sin que ningún dueño de fuera viniera a subyugarlos, cayeron en la esclavitud. Metelo obtuvo a raíz de ello el título de Crético, pero no pudo conseguir el envío de Pánares y Lástenes <sup>29</sup> (pues había capturado también a aquél) para que formaran parte de su cortejo triunfal; efectivamente, Pompeyo, tras convencer a uno de los tribunos, se le adelantó en hacerse con ambos, mostrando de esa manera que era a él, y en razón del acuerdo obtenido, a quien se habían entregado, no a Metelo.

[20 ] Y voy ahora a exponer cómo se desarrollaron los asuntos concernientes a Pompeyo. Infligían los piratas daños continuos al navegante, según el proceder que observan también los bandidos respecto a quien habita en tierra. Porque no hay tiempo en que esto no se haya producido, ni dejará de producirse mientras la naturaleza humana siga siendo la

[2] misma. Ahora bien, en época anterior los actos de pillaje —ya fuese el mar su escenario, ya la tierra— tenían lugar en determinados lugares, solamente en la estación adecuada y a cargo de pocos individuos. Pero durante los años que estamos tratando, desde que había muchas y continuas guerras, eran muchas las ciudades arrasadas —pendiendo además las penas pertinentes sobre cuantos huían de ellas — y no había nada seguro, gran cantidad de gente se dio a la rapiña. Y si el bandidaje operante en tierra firme podía eliminarse [3] mejor (ya que resultaba más patente a la población, infligía daños inmediatamente perceptibles y su represión no era muy difícil), la desarrollada por mar alcanzó las mayores proporciones. Porque como las guerras contra potencias [4] rivales absorbían los esfuerzos de

Roma, floreció gran número de piratas que circundaban abundantes tramos de la costa y unían fuerzas con cuantos estaban en su misma situación, hasta el punto de que muchas veces algunos de ellos socorrieron a otros en calidad de aliados. Lo que hicieron [21] en cooperación con los otros ya se ha expuesto. Pues bien, una vez terminó aquello, no depusieron su actitud, sino que ellos solos causaron grandes y graves daños a los romanos y sus aliados. Navegaban no en pequeños grupos, sino a bordo de grandes flotas y tenían generales, llegando la cosa al extremo de que algunos de ellos adquirieron considerable renombre. Primero y antes que nada pillaban y [2] capturaban a los navegantes (a quienes no dejaban en paz ni siquiera durante la estación invernal, ya que incluso a lo largo de ésta —movidos por la audacia, la costumbre y los éxitos obtenidos— se empleaban sin temor en sus barcos), después a los que se hallaban en los puertos. Porque cuando [3] alguien osó guiar sus naves contra ellos, la mayoría de las veces fue derrotado y muerto, y si venció, fue incapaz no obstante de efectuar captura ninguna ante la rapidez con que los piratas surcaban las aguas; gracias a lo cual al poco tiempo, como si hubiesen vencido, volvían sobre sus pasos y por un lado arrasaban e incendiaban no ya aldeas y campos, sino incluso ciudades enteras, por otro dispensaban amigable trato a determinados lugares, en los que establecían, cual si de tierra amiga se tratase, cuarteles de invierno y [22] bases de operaciones. De esta manera, puesto que el éxito coronaba sus empresas, comenzaron a adentrarse en tierra firme, donde causaban grandes daños incluso a aquellos que no tenían relación alguna con el mar. Y ello lo sufrían no

[2] sólo los aliados de otras tierras, sino también la misma Ita

lia. Pues al estimar que se harían con las riquezas, de mayor entidad, existentes en territorio italiano y que todos los demás habían de mirarles con un más grande temor si ni siquiera dicho territorio respetaban, incluso a Hostia, además de las restantes ciudades de la costa italiana, hicieron víctima de sus incursiones marítimas, en el curso de las cuales [3] quemaban las embarcaciones y lo saqueaban todo. Por último, como no hallaban resistencia ninguna, adquirieron el hábito de establecerse en tierra, donde, sin temor y de igual manera que si estuviesen en sus casas, se dedicaban a disponer de cuantos hombres no habían matado y de cuantas [4] riquezas habían apresado. Cada uno ejercía su actividad pirática en una zona (pues de ninguna manera podían los mismos devastar a lo largo de todo el mar y simultáneamente), pero la solidaridad entre ellos era tan fuerte que enviaban medios y ayuda no sólo a aquellos con quienes mantenían [5] lazos estrechos, sino también a los que apenas conocían. Y una de las principales razones de su fuerza estribaba en que si alguien de entre ellos ayudaba a cualquier otro, era objeto de la consideración general, y en cambio aquellos que lo atacaban sufrían los asaltos de todos los demás.

[23 ] Tal vuelo cobró el asunto de los piratas que la guerra por ellos librada se volvió grande, continua, imposible de prevenir y páfida. Ciertamente los romanos recibían noticia de lo ocurrido e incluso presenciaban algunas de sus consecuencias (en efecto, como no les llegaba ningún artículo de importación, también los envíos de trigo habían sido clausurados), pero, a despecho de que ya era hora de hacerlo, no concedían gran atención al asunto, sino que se limitaban a [2] despachar barcos y generales sólo cuando alguna noticia aislada los llenaba de inquietud; con ello no conseguían nada, antes bien

mediante esos mismos expedientes incrementaban en grado muy considerable las penalidades arrostradas por sus aliados, quienes finalmente quedaron reducidos a una situación extrema. Se reunieron entonces y durante muchos días discutieron el plan a seguir. Bajo el peso de peligros sin [3] tregua, considerando que se encontraban ante una guerra de gran magnitud, en la idea de que no eran capaces de plantar batalla ni a todos los enemigos conjuntamente ni a cada uno por separado (ya que se prestaban ayuda entre sí y de otro lado resultaba imposible combatirlos simultáneamente en multitud de frentes), se abatió sobre ellos un fuerte sentimiento de incertidumbre y desesperanza respecto a las soluciones que cabría arbitrar. Por fin cierto Aulo Gabinio, tribuno, [4] expuso una propuesta (y al hacerla o bien actuó movido por Pompeyo o, en todo caso, quiso agradar a aquél; pues no lo guiaba sentimiento alguno de benevolencia hacia la república, ya que era hombre de pésima condición): que para hacer frente a todos aquellos se eligiera de entre los consulares a un general, el cual, revestido con el título de dictador, ejercería el poder por tres años, contaría con la ayuda de un buen número de subcomandantes y dispondría de fuerzas considerables. No pronunció abiertamente [5] su nombre, pero resultaba evidente que nada más escuchar una propuesta de tal índole la asamblea elegiría a [24] Pompeyo. Y así fue, pues tan pronto aceptaron su moción, todos se inclinaron por Pompeyo excepto el senado. Éste, en efecto, prefería sufrir cualquier cosa a manos de los piratas antes que entregar a Pompeyo tamaño generalato; poco faltó, incluso, para que dieran muerte a Gabinio en el mismo consistorio. Pero como Gabinio logró escapar de la manera [2] que fuese, la plebe, al conocer la disposición de los senadores, entró en tal estado de turbulencia que arremetió